

CAPÍTULO II

Evita el Siervo de Dios que sus súbditos se ocupen en ministerios ajenos de la Compañía y vivan dispersos. — Envíalos al seminario de Orvieto, al colegio de Tívoli y á otros puntos. — Pasa á Cerdeña el P. Regonó. — Solemne apertura del seminario de Orvieto. — Afecto del obispo á los Padres. — Descubre el P. Pignatelli lo que pasa en lo interior de un súbdito. — Envía dos misioneros á recorrer los pueblos de la comarca. — Instrucciones que les da. — Frutos abundantes de su primera excursion. — La casita de San Pantaleon ó del Buen Consejo. — Trasládanse á ella los del colegio romano. — Habitación del P. Pignatelli. — Fórmase en San Pantaleon una casa profesa. — Queda constituída una pequeña Provincia.

1806 — 1807

La particular providencia con que el cielo acudía á los jesuitas desterrados, animaba á su Provincial á formar sus planes para la conservacion de la Provincia y para dar á esta una forma regular, y, en cuanto de él dependía, estable y permanente: en lo cual dio, como siempre, clarísimas señales de su prudencia y de su amor al instituto de San Ignacio. Pudiera haber colocado á varios de sus súbditos en el empleo de confesores de monjas y en el de maestros ó ayos de hijos de las principales familias de Roma; y aun para fuera de la ciudad eran buscados con afan para tales empleos; mas él constantemente se negó á dar licencia para que los suyos los admitiesen. Y «hace muy bien en negar la licencia,» decía el P. Luengo, «porque ni uno ni otro

es ministerio propio de la Compañía; y en cuanto pueda, es muy loable que procure que no vivan solos. Mucho más le agrada,» prosigue¹, «el deseo que muestran algunos obispos de tener en sus seminarios conciliares algunos jesuitas napolitanos.»

En efecto: divulgada la noticia de que los Padres de la Compañía, lanzados de Nápoles, se habían refugiado en Roma, no pocos obispos de los estados del Papa, escribieron á Su Santidad, y juntamente al P. Pignatelli, pidiendo algunos de aquellos religiosos, de quienes se deseaban valer para la predicacion y para la direccion de los seminarios en sus diócesis.

El primero que los pidió, fue el Illmo. Juan Bautista Lambruschini para su iglesia de Orvieto, de la que á la sazón no era más que administrador. Accedió el Padre Santo sin dificultad, diciéndole que tal había sido también su intención primera, y que en mejores manos no se podían poner los Padres de la Compañía. Y era cierto; porque en cuanto á amor y sincera benevolencia hacia ella no había por ventura en aquel tiempo quien igualase á Monseñor Lambruschini.

Fuese al punto á tratar con el P. Pignatelli; quien no solo se mostró dispuesto á complacerle, sino que se aprovechó de la ocasión para enviar también á Orvieto los jóvenes á proseguir sus estudios; de modo que el día 20 de Setiembre² de aquel año de 1806 partió el obispo para Orvieto, y llevó en su compañía al P. Antonio Graziani³, que aun no era sacerdote, y á Domingo Galazzi, joven estudiante. Poco después los siguieron otros: y fueron el P. Ramon Aguirre⁴, en calidad de rector del seminario; el P. Vicente Pavani, vice-rector del seminario; el P. Pedro Rocca, ministro; el P. Roque Menchaca, profesor de teología escolástica y prefecto de estudios; el P. Vicente Zauli, profesor

¹ *Diario*, Tomo 40, pág. 393.

² Según el P. LUENGO: el P. BOERO dice el 10.

³ Había nacido en 3 de Octubre de 1745 y entrado en la Provincia Romana á los 13 de Marzo de 1767.

⁴ Nació el 11 de Enero de 1730. Entró en la Compañía el 17 de Abril de 1745.

de teología moral; el P. Luis Fortis, predicador; y además cuatro Hermanos coadjutores para los oficios de casa, y siete jóvenes estudiantes, uno de ellos el célebre Juan Bautista Pianciani; de los cuales unos tenían que proseguir el curso de la teología, otros el de la retórica. Hace constar el P. Luengo¹ que el colegio de Orvieto estaba «mantenido absolutamente por el Padre Pignatelli,» cuyo celo por formar comunidades alaba en gran manera.

Mientras tomaban asiento los jesuitas en Orvieto, la ciudad de Tivoli pedía algunos operarios y maestros para colocarlos en el antiguo colegio, y encargarles la cultura del pueblo con los ministerios espirituales y la educación de la juventud en escuelas públicas. Habían permanecido siempre allí desde la abolición de la Compañía algunos Padres americanos, y con provecho notable de la ciudad se habían empleado en una y otra cosa; mas á unos sorprendió la muerte, y otros eran ya viejos é inútiles para el trabajo: por lo cual fue preciso agregarles algunos jóvenes, que fueron muy bien recibidos de los ancianos, los cuales pidieron y lograron ser incorporados formalmente en la Compañía por el P. Pignatelli.

Habiendo, pues, acogido benignamente el Padre Santo la súplica de la ciudad, dio orden á Monseñor Falcazappa, secretario de la congregación del Buen Gobierno, para que reuniese el dinero que fuera menester para los primeros gastos de restauración del colegio², y al propio tiempo comunicó su resolución al P. Provincial Pignatelli; quien no tardó un momento en ejecutar lo que Su Santidad deseaba, enviando á Tivoli á los Padres Andrés Ferreira³, Joaquin Cortés, Custodio Sa, Diego Martínez⁴,

¹ *Diario*, Tomo 40, pág. 467.

² Carta de Monseñor Falcazappa al caballero Jacobo Lolli, 18 de Febrero 1807.

³ Fue de la antigua Provincia del Brasil. Nació en 26 de Abril de 1736 y entró en la Compañía el 24 de Marzo de 1757.

⁴ Fue natural de Iniesta, en la provincia de Cuenca. Nació en 17 de Julio de 1750: entró en la Compañía en Villarejo á los 10 de Abril

Vicente Requeno y Luis Bonamici¹. Reunidos estos con los que allí había, empezaron á trabajar con fruto visible y copioso, no solo en la poblacion, sino entre las gentes de los caseríos y pueblos-comarcas, á donde pasaban de cuándo en cuándo á predicar y mejorar las costumbres con fervorosas misiones.

Á ejemplo de Orvieto y de Tivoli se movieron otras ciudades, con sus prelados y pastores á la cabeza, á pedir al Venerable Padre alguno de sus obreros; y cinco fueron á Amelia², tres á Sezza³, y otros tres á Anagni⁴, todos para los seminarios. Además se fundaron dos pequeñas residencias; una en Marino, aldea de la diócesis de Albano, y fueron allá los PP. Juan Bautista Gentilini⁵ y Luis Fornasari; otra en Palestrina, donde vivieron algun tiempo los PP. José Médici y Pedro Rosini⁶. Pero eran muchos más que estos los sitios de donde llegaban vivísimas instancias al P. Pignatelli para que les concediera un par al menos de los suyos, venidos de Nápoles, con el fin de emplearlos en la educacion del clero jóven ó en la cultura espiritual del pueblo.

He aquí lo que le escribía el obispo de Civita Castellana y de Orte con fecha 11 de Noviembre de 1806. «En el supuesto,»

de 1764: hizo la profesion el 2 de Febrero de 1819, y murió en Madrid el 28 de Julio de 1834.

¹ Perteneció á la antigua Provincia Romana. Nació en 6 de Junio de 1736, y entró en la Compañía el 19 del mismo mes en 1751.

² PP. Inocencio González, Bernardo Azcona, Gabriel Vallés, Pedro Cáteda y Miguel Aziera.

³ PP. Bartolomé Hernández, Ramon Videla, Diego Val. Este último vivía en casa del P. Luengo; y á una insinuacion del P. Pignatelli, dejó sus comodidades y salió para su destino á 3 de Noviembre. (Padre LUENGO, *Diario*, Tomo 40.)

⁴ PP. Ignacio Romo, Joaquin Zabala, José Doz.

⁵ Perteneció á la antigua Provincia de Venecia. Nació el 26 de Noviembre de 1745 y entró el 12 de Octubre de 1765.

⁶ «Ha ido,» dice el P. LUENGO, «ó irá muy presto á prefecto de espíritu en el Seminario de Palestrina el P. Médici, que de canónigo de Ferrara, se vino á Nápoles, y era en esta ciudad maestro de novicios..... El cardenal Mattei, que conoció mucho en Ferrara á este Padre Médici, y es al presente obispo de Palestrina, ha mostrado deseo de que vaya dicho Padre á este empleo en su seminario; y ha sido muy justo complacer á Su Eminencia.» (*Diario*, Tomo 40, pág. 393.)

dice, «de que Vuestra Paternidad Reverendísima piense emplear en alguna parte á los Padres de la Compañía, que desde Nápoles han pasado á esa capital, yo, que fui siempre amantísimo de ese célebre instituto, á quien debo mi educacion en virtud y letras, y que ahora tengo á mi cargo el cuidado de estas dos diócesis, desearía obtener un par de ellos para mi seminario de Orte, á fin de que diesen la misma buena educacion á la juventud, que me interesa más que todo.»

Igualmente Monseñor Fortunato Maria Pinchetti, obispo de Amelia, no contento con los cinco Padres que había conseguido para su seminario, pidió otros dos para el pueblo de Giove, «donde hay» dice en su carta, «unas setecientas almas de excelente índole, pero casi puede decirse sin sacerdotes que les administren el pasto necesario: por lo cual dos de los suyos podrían servir grandemente allí, instruyendo, confesando y predicando¹.»

Mas no era posible que el buen P. Pignatelli pudiese contentar á tantos ni satisfacer á las peticiones que diariamente le llegaban; pues, hecho ya el reparto, solo le quedaban algunos de los más ancianos con cien achaques contraídos por las fatigas, é inútiles para el cargo de escuelas, confesonario y púlpito, á los cuales se había propuesto conservar en Roma y emplearlos en obras de caridad y celo que no sobrepusasen sus fuerzas.

Dos tenía aún, que eran capaces de soportar toda fatiga; el P. Luis Mozzi, venido ya de Nápoles después de recobrada la salud, y el P. Tomás Pizzi, jóven aún, y dotado de arranque y fuerzas, que acompañando al P. Mozzi en sus fervorosas misiones, se formaba excelente apóstol. Pero al P. Pignatelli no pareció oportuno ligarlos á lugar fijo, juzgando ser mucho más útil y de mayor gloria de Dios, que siempre estuvieran prontos y expeditos para acudir á donde la necesidad los llamara, y derramar en diferentes terrenos la semilla evangélica.

No era solamente de los estados del Papa de donde se acudía

¹ Carta de 28 de Octubre de 1806.

al P. Pignatelli en demanda de operarios, sino de otras partes más lejanas. Entre estas se distinguió la isla de Cerdeña, en la cual, como ya hemos visto en otro lugar, se reunieron los Padres antiguos á petición de Carlos Manuel, que retirado en Roma, vivía vida oculta, y dado al ejercicio de la virtud. Su hermano Víctor Manuel, rey de Cerdeña, en cuanto supo que la Compañía era arrojada de Nápoles, ofreció al P. Pignatelli su isla para que se refugiase allí él y los suyos; y no habiéndolo alcanzado, le suplicó que á lo menos le enviara un Padre hábil en el manejo de negocios y con facultades para avivar secretamente el asunto de que se trataba, de dar vigor á aquellas comunidades, compuestas de ancianos y achacosos. Fue escogido el P. Antonio José Regonó, que ántes de la abolicion había vivido veinte y dos años en aquella isla, y era muy conocido y apreciado de todos; y á 24 de Octubre de 1806 salió de Roma¹ aportando á Cagliari felizmente, desde donde el mismo nos describirá el entusiasmo con que fue acogido por todo género de personas.

«La mañana siguiente á mi llegada,» escribe al P. Pignatelli, «subí con el P. Piras al Castillo para ponerme á los pies de las personas reales, que se dignaron de recibirme una después de otra con tanta benignidad, que á duras penas podía contener las lágrimas. Es verdad que ya me sentía muy conmovido con otro recibimiento no menos cordial, que fue el de todo género de personas, que no podían acogerme mejor. La mañana misma apenas celebré el santo sacrificio, vi entrar en mi habitacion al señor marqués Boyl con la marquesa y dos hijas núbiles. El mismo conde de Roberent ha querido favorecerme con una visita, lo mismo que el capitán general y gobernador de Cagliari. En resúmen tengo una lista de unas sesenta personas, que ó me han enviado la bienvenida, ó han venido ellas mismas á dárme; por lo cual estoy muy consolado, muy confuso, pero muy cansado tambien. El Señor me ayuda visiblemente y me da esperanzas de que saldremos á flote.»

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 40, pág. 445.

Cuando se empezó á tratar del negocio principal, que era el restablecer formalmente la Compañía en el reino de Cerdeña y obtener para ello del Sumo Pontífice la extension del Breve expedido para las Dos Sicilias, el P. Regonó, á norma de las instrucciones del P. General y del P. Pignatelli, fue de parecer que por razon de los nuevos trastornos ocurridos y de los que por momentos amenazaban, no se debía emprender cosa que pudiese levantar polvareda en el público, sino atenerse estrictamente á las antiguas disposiciones del Pontífice, dándose por satisfechos con reunir bajo nueva forma á los antiguos operarios, formar otros nuevos, ejercitarlos, donde y como fuese posible, en los ministerios de letras y de espíritu, para tenerlos prontos á salir al campo en reapareciendo la bonanza en los ánimos y en las naciones.

Mientras esto pasaba en Cerdeña, celebróse con gran solemnidad la novena de San Francisco Javier en el Jesús, en la cual predicó con el entusiasmo de siempre el Illmo. Avogadro, que estaba para ir á Viena, en donde, como se verá, predicó la próxima cuaresma¹. Tambien en Sicilia se celebró en el mes de Diciembre el triduo de beatificacion del P. Francisco de Jerónimo con asistencia de la familia real, que costó en gran parte las fiestas².

El P. Pignatelli y los suyos seguían dando ejemplos de toda virtud. Tres novicios de los de Nápoles tuvieron que pasar de Roma á Orvieto, y alcanzaron del Padre que les dejara hacer el camino á pie: mas como se pusiera lluvioso el tiempo, les proveyó de carruajes³. El mismo P. Pignatelli dio por este tiempo una clara prueba de su confianza en Dios, como se verá por lo que cuenta el P. Luengo⁴. «Me ha asegurado» [el P. Gaspar Sanchez⁵], dice, «en términos formales, que toda la causa dé no ha-

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 40. — 3 de Diciembre.

² *Ibid.*, Tomo 41, pág. 99.

³ *Ibid.*, Tomo 40, pág. 516.

⁴ *Ibid.*, Tomo 41, pág. 140.

⁵ Nació en Teruel á 7 de Enero de 1750: entró en la Compañía el 30

berles dado ahora la pension, ha sido la declaracion de la corte de que presenten un memorial pidiendo al rey esta gracia; y ellos no se han resuelto todavía á presentarle.» Ni lo hizo después; porque verosímilmente conocía por luz profética que la calidad de vasallos del rey de España podía más adelante serles un obstáculo, como sucedió. Y luégo¹ hace constar el mismo escritor, ser cosa muy comun entre los jesuítas no asociados al P. Pignatelli, que al morir le dejaran cuanto tenían: y añade: «Todas estas cosas y otras más menudas se las comunica el Padre Pignatelli á Su Santidad, y todas se las aprueba.»

Volvamos ahora al colegio de Orvieto. El día 12 de Diciembre se abrieron en él con solemne pompa las escuelas; y el P. Ángel Mai, recién ordenado sacerdote, en presencia del obispo y de un numeroso y escogido auditorio pronunció un excelente discurso latino, que mereció aprobacion y general aplauso. Al propio tiempo se dio principio en la iglesia á los sagrados ministerios con prodigioso concurso del pueblo, que cada día iba con más afán á escuchar la divina palabra y participar de los Santos Sacramentos. No cabía en sí de gozo el santo obispo; y no cesaba de dar gracias á Dios por haberle concedido una falange de operarios tan fervorosos para bien y provecho de su grey.

Escribiendo al P. Luis Mozzi con fecha 20 de Diciembre, le dice así: «Crea firmemente V. R. que por el ardiente deseo que tengo del bien sólido y verdadero de la Iglesia, haría yo cualquier cosa para que prosperase el sapientísimo y utilísimo instituto de San Ignacio; pero yo poco, muy poco, puedo hacer, y es lo que siento; todo lo tiene que hacer, y espero que lo hará, nuestro clementísimo Padre Santo, y quiéranos el cielo conceder tiempos tranquilos. No dejaré por cierto de hacer lo poco que esté de mi parte, y mi consuelo llegará á su colmo cuando

de Abril de 1765: hizo la profesion en 8 de Setiembre de 1815, y murió en Roma en 15 de Febrero de 1829.

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 41, pág. 146.

vea que *Deus det incrementum*. Entretanto rebozo de júbilo al ver cómo se conducen estos sus verdaderamente dignísimos hermanos y el gran bien que están haciendo á esta ciudad, y bendigo mil veces la hora y el momento en que Dios inspiró semejante pensamiento y proyecto. El P. Provincial y V. R. insistan para que todo llegue á completarse, y yo no dejaré de ayudarlos con mis plegarias, esperando no irles en zaga en la alegría, cuando se logre nuestro santo deseo.»

Así aquel prelado; y en otra, fecha 28 de Febrero de 1807, al P. Pignatelli, escribe lo siguiente: «He abrazado con sumo gozo á los dos nuevos excelentes Padres¹ que V. Paternidad Reverendísima ha destinado para colaboradores de los otros muy celosos, que están ya en este seminario, y que tanto trabajan en él para gloria de Dios y bien de las almas de esta poblacion. El P. Montero es un hombre singular²; y es muy justo y conveniente que forme algun discípulo en la lengua hebrea; y yo opino que ha de llegar á ser eximio en ella el muy recomendable Padre Mai. Tengo el consuelo de ver que en esta cuaresma predicán los PP. Pavani y Zauli con mucho fruto; y me cabe tambien la satisfaccion de significar á V. R. que oigo con gran placer á sus jóvenes hablar de la sagrada Pasion en la iglesia los viernes. ¡Qué bien lo hacen! ¡Cuánto han aprovechado! ¡Qué hermosas esperanzas dan de sí! ¡Cuánto vale para atraer á la juventud el P. Pavani! Puede decirse que es en realidad su apóstol, su padre, su dulce y verdadero dueño. Todos estos son consuelos para mi alma, pero aguardo é imploro otros mayores. Dios nos oiga, y bendiga sus trabajos.» Hasta aquí el obispo.

En aquellos tiempos de universal trastorno no hubo por ventura quien le aventajase en amar la Compañía con ternura de padre, y en sostenerla y defenderla como cosa suya propia; por lo cual el P. General Tadeo Brzozowski, informado por el Padre

¹ Eran los PP. Pedro Montero y Diego Goitia.

² Fue natural de Villagarcía: nació en 14 de Abril de 1741: entró en la Compañía en 13 de Julio de 1753: hizo la profesion el 15 de Agosto de 1773, y murió en Madrid en 19 de Marzo de 1819.